



Pedro Navascués en una imagen facilitada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

In memoriam: Pedro Navascués (1942-2022)

Estas son líneas que nunca hubiera querido escribir. Atiendo, sin embargo, a la invitación inmerecida que me hace el *BSAA arte* para recordar la personalidad ingente del maestro Pedro Navascués Palacio. Se nos acaba de marchar, el 5 de septiembre de 2022, otro de los pilares de mi vida profesional y de la de muchos amigos que nos interesamos por la historia de la arquitectura. Pero se ha ido, sobre todo, un amigo entrañable, persona amable y considerada, de educación exquisita y finura espiritual, caballero intachable; una mente privilegiada, entusiasmada con el arte de la arquitectura, innovador en las líneas de investigación, magistral comunicador, batallador incansable contra los estragos de la arquitectura de nuestro tiempo.

A comienzo de los setenta, concretamente en 1971, cuando iniciaba mi Tesis Doctoral sobre la *Arquitectura del Regionalismo en Sevilla*, me hizo saber doña Concepción García Gainza, Catedrática entonces en Sevilla, que había un chico en Madrid que había estudiado la arquitectura del siglo XIX. También me llegaron noticias por don Antonio Bonet Correa, igualmente Catedrático en Sevilla. Se trataba del fundamental estudio *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, defendido en aquel año bajo la dirección del arquitecto e historiador don Fernando Chueca Goitia y publicado en 1973 por el Instituto de Estudios Madrileños.

Tuve ocasión de conocer a Pedro poco después, siendo él opositor y yo aprendiz y ayudante de opositor. Después, como él ha recordado en varias ocasiones, tuvimos un encuentro más cercano con motivo del curso *Regionalismo arquitectónico y políticas autonómicas* (1985) organizado en Sevilla por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, donde habló sobre el tema “Regionalismo y arquitectura en España, 1900-1939”, publicado poco después en la revista *Arquitectura y Vivienda*, dirigida por don Luis Fernández Galiano.

Luego la vida nos hizo coincidir en numerosas ocasiones y de allí surgió una amistad que se fue acrecentando con el tiempo, sobre todo desde que tuve el honor de que me incluyera entre el grupo de profesores de las *Lecciones de Arquitectura Española* en Ávila, a las que no solía faltar su maestro, don Fernando Chueca Goitia. En efecto, en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, donde ejerció como Catedrático de Historia del Arte desde 1978, Pedro continuaba el surco abierto en la investigación arquitectónica por Vicente Lampérez, asentado por Chueca y renovado extraordinariamente por él de modo admirable. Hay que destacar su papel de historiador del arte en un mundo de arquitectos. Sus antecesores en la Cátedra, hasta su maestro, habían sido todos arquitectos amantes de la historia. El bagaje de humanista e historiador de Navascués le venía de familia y puede decirse que, con su enseñanza, su rigor y su inconformismo con la arquitectura contribuyó a formar a varias generaciones de arquitectos que miran con otro talante su compromiso con el paisaje urbano y con el patrimonio heredado. Pedro recibió en los sesenta las enseñanzas de un Chueca irritado e impotente ante los desmanes provocados por la inmisericorde piqueta del desarrollismo. De ahí nació la necesidad de estudiar, para valorarla, la arquitectura madrileña, a la que tantos afanes dedicó, y, por ende, la española.

Toda mi generación ha bebido en los textos de Pedro Navascués Palacio. Por eso yo le llamaba cariñosamente el Maestro, que él, con el fino humor que le caracterizaba, trasmataba hacia el símil taurino, argumentando que todos éramos espadas actuando en corridas, es decir, en actividades profesionales. Siempre aprendíamos de Pedro; por eso procuré traerle a Córdoba todo lo que pude, no sólo a trabajar, como en las jornadas de *Arquitectura y Regionalismo*

(2005), en la Universidad, o a tribunales de Tesis Doctorales, sino también a la Feria, especialmente a varias corridas de toros memorables, en las que el “Maestro” disfrutaba extraordinariamente.

Me concedió el privilegio de presidir los tribunales de algunas de las Tesis Doctorales por él dirigidas, como la inmensa de Xosé Fernández: *Galicia y su arquitectura: del Eclecticismo al Modernismo. 1875-1914* en el solemne Paraninfo de la Universidad de Santiago de Compostela (1992), o la magnífica de Óscar da Rocha: *El Modernismo en la arquitectura madrileña. Génesis y desarrollo de una opción ecléctica* en la Universidad Autónoma de Madrid. Su gentileza no parecía tener límites, honrándote con atenciones, interesándose por tus cosas; le he visto interrumpir repentinamente una conversación, mientras caminábamos, para obsequiar con un ramillete de flores a una dama a la que había invitado a unas jornadas científicas. Cómo olvidar aquella lluviosa noche del 21 de diciembre de 2010, en la Casa de la Provincia de la Diputación de Sevilla, donde tuvo la amabilidad, a pesar de la fecha, de venir a Sevilla para presentar la segunda edición de *Arquitectura del Regionalismo en Sevilla*. Era como el colofón de casi cuarenta años de amistad, entonces.

Pero esa innata cordialidad era capaz de transformarse en ira furibunda ante las adversidades injustas. Como anécdota, no puedo olvidar aquella ocasión en que llegamos de noche, tras una agotadora jornada al prestigioso hotel de Ávila en que nos alojábamos y nos recibió un conserje absolutamente anonadado por la droga, teniendo nosotros que servirnos las llaves de las habitaciones. Recuerdo la entrevista con el director, a la mañana siguiente. O aquella otra de un congreso en Melilla, donde sacó dinero de un cajero automático, en domingo, y le entregó billetes falsos. Aquel no era verdaderamente Pedro.

En efecto, como categoría, podríamos decir que los hechos arquitectónicos que consideraba un atentado contra la integridad del edificio o del paisaje urbano le producían ese mismo desasosiego iracundo y le animaban a una lucha con toda su capacidad intelectual ante la agresión: desde el Teatro de Sagunto, hasta la Aduana de Cádiz, pasando por Torre Sevilla, los ejemplos serían interminables. Pero esa lucha dio frutos abundantes, como la recuperación de la Alameda de Osuna y la revaloración de la arquitectura madrileña del historicismo ecléctico y del modernismo, o la formación de discípulos que contribuyeron a dar a conocer esos mismos valores en toda España, o la sensibilización de los jóvenes arquitectos mediante los cursos de postgrado de conservación y restauración de edificios históricos, o la denodada actividad como académico de San Fernando.

Es evidente que las más altas instituciones culturales no podían cerrarse ante semejante paladín de la arquitectura. Fui testigo de dos ocasiones memorables: el ingreso como académico de número de la Real Academia de

Bellas Artes de San Fernando, con la medalla número 14, el 10 de mayo de 1998, con el fundamental discurso *Teoría del coro en las catedrales españolas*, en la que luego ejercería una labor impagable como vicedirector y tesorero o como miembro de la Sección de Arquitectura y presidente de la Comisión de Monumentos y Patrimonio Histórico. La segunda ocasión fue el ingreso como Doctor *Honoris Causa* en la Universidad de Coímbra, de la mano de nuestra común amiga, la Doctora Regina Anacleto. Por cierto, que fue la única vez en mi vida universitaria que, en su honor, me revestí con el traje académico. Muchas Reales Academias de Bellas Artes le abrieron las puertas, entre otras, las de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, Sant Jordi, de Barcelona, San Miguel Arcángel, de Tenerife, Purísima Concepción, de Valladolid, San Telmo, de Málaga, Provincial de Bellas Artes, de Cádiz, o de Historia y Arte de San Quirce, de Segovia. En el extranjero lo hicieron suyo la Hispanic Society of America, de Nueva York, y el Instituto de Sintra, en Portugal.

Sería imposible resumir en tan pocas palabras la obra científica de Pedro Navascués. Baste recordar, para tener una idea, que los libros, propios o de su coordinación, más los capítulos de libro, pasan de los 115; los artículos de revistas pasan de los 60; si a ello sumamos artículos de prensa y de revistas de divulgación científica, nos haremos una ligera idea de su potencial investigador, sin olvidar las veintitrés Tesis Doctorales por él dirigidas, la promoción del Plan Nacional de Catedrales, la poliédrica serie de artículos para *Descubrir el arte* y el análisis incansable y siempre sugestivo de la arquitectura, desde la edad romana hasta nuestros días.

Son muchas las reuniones científicas en que hemos coincidido, de las que han salido amigos comunes, que él aglutinaba como catalizador, animándonos a trabajar y a participar. Muchos de los que aún caminamos por este mundo tuvimos el privilegio de acompañarle en los adioses de la vida, como en su última lección magistral en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Finalmente nos hemos visto para despedirlo en comunión, ya ausente, en el solemne funeral que le dedicó su querida familia en San Ginés. Es mucho el poso que queda y las soleras; por eso no podemos decirte adiós, sino hasta luego, porque te tenemos en tus libros y tus enseñanzas, a los que adornamos con los recuerdos del maestro generoso y afable, gentil caballero de camisas impolutas, mente genial que nos supo transmitir el amor por la arquitectura, el conocimiento de la ingeniería y tantos y tantos saberes de aquellos viejos constructores de catedrales. Gracias por tu donación, por tu dedicación y eterna amistad. Hasta pronto, maestro.

Alberto Villar Movellán, 13 de noviembre de 2022